

¡Qué difícil ser político en Guatemala! **Tiene que caer en las manos de los caciques locales.**

Por: Gustavo Berganza

Es una profesión necesaria pero estigmatizada. Si no existiera este sector, probablemente todas nuestras diferencias las dirimiríamos a golpes, cuchilladas o balazos. Sin embargo, el medio ambiente en Guatemala es muy hostil para que el político pueda desarrollarse sanamente.

¿Quiere ser candidato? Si el político ha demostrado aptitudes como líder comunitario, organizando a sus vecinos para desarrollar iniciativas de beneficio común, pero no tiene plata para lanzarse como alcalde o diputado... tiene que ir a caer en las manos de los caciques locales, que con gusto le financiarán la campaña, siempre y cuando al ganar obtengan contratos sobrevaluados o el líder financiado coloque en lugares estratégicos a amigos, representantes o empleados de sus benefactores...

Las cosas se complican más cuando esta persona, de buena trayectoria como líder o como empleado público, decide que tiene aptitudes para pelear la presidencia. Como en los partidos políticos no hay un sistema de escalafón, que permita subir de puesto y crecer en influencia a los que mejor trabajan, además, los partidos duran tan poco que no puede hacerse carrera en ellos, pues no le quedan más que dos caminos: comprar un partido, como hicieron Eduardo Suger y Óscar Rodolfo Castañeda en las elecciones pasadas o crear el suyo propio, que ha sido el camino elegido por el actual presidente, por Otto Pérez Molina y Harold Caballeros.

Pero financiar una campaña electoral, con costos que van del orden de los Q41 millones, con un financiamiento electoral que apenas cubre la tercera parte de lo invertido en la lid por la presidencia, hace que los partidos acepten de buena gana el dinero que dan empresarios, dueños de medios de comunicación, narcotraficantes, contrabandistas y defraudadores de la sociedad y del Gobierno. Por supuesto, esto implica compromisos: enredar la redacción de la Ley contra el Crimen Organizado, bajarle impuestos al monopolio de la TV o aumentar el subsidio al transporte urbano, por citar tres casos recientes. Como en Guatemala no existen controles para verificar no solo de dónde viene sino cómo se gasta, mucha de esta plata va para financiar chalés en el Pacífico o Río Dulce, o resulta en cuentas de la esposa, hijos y cuñados del candidato. Las debilidades del sistema de fiscalización electoral y del de persecución penal garantiza que esos millones y millones que fluyen delante de candidatos y dirigentes puedan desviar su curso sin que haya consecuencias negativas para quien hace cajonazo con las donaciones o, ya en el poder, de los fondos del Congreso.

Con un sistema así, es difícil que líderes con ejecutorias sociales y arrastre popular puedan entrar en las grandes ligas de la política nacional. Y si lo logran, es improbable que logren evitar la tentación de corromperse. Como ven, es difícil, pues, ser político en Guatemala.